

TENEDOR · LIBRE

RIMAS, POESÍAS, ADIVINANZAS, RONDAS,
RELATOS... Y TODO LO QUE GUSTEN
SERVIRSE LOS NIÑOS Y NIÑAS.



MARIA · VICTORIA · GASPARINI

Tenedor libre

Rimas, poesías, adivinanzas, rondas, relatos....

Y todo lo que gusten servirse los niños y niñas.

María Victoria Gasparini

© Gasparini, María Victoria

Tenedor libre: rimas, poesías, adivinanzas, rondas, relatos... y todo lo que gusten servirse los niños y niñas

1a ed. ampliada, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

María Victoria Gasparini, 2016

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-42-1617-5

1. Adivinanzas. 2. Cuentos. 3. Relatos. I. Título

CDD A863.9282

Versión corregida y aumentada de “Recopilación de cuentos”, Obra Inédita de la autora, registrada el 28 de octubre de 2013 en la Dirección Nacional del Derecho de Autor de la República Argentina bajo el n° 5132298.

Ilustración de tapa: Sofía Godi

Edición: Patricia Brousse

Primera edición digital: Buenos Aires, 3 de agosto de 2016.

Adivinanzas, poemas, canciones

Adivinanzas con respuesta

Adivinanzas

Trabajo con letras (sonido inicial)

Con A: El avestruz y su huevo amarillo

Con A y S: El árbol

E y U: ¿Por qué no ves al elefante?

E y U: Una luna que parece una uña

E e I: ¿Por qué el esquimal Eruk construyó un iglú?

I y O: La iguana y el oro

Con M y B: Al marinero le duele la muela

Con S y F: El sapo fotógrafo

Con R y S: El perro Ramiro

H y S: La hamaca

F y S: Una familia muy especial

A-E-I-O-U

Rimas

Cada cual en su casa

La rana Juana y el gorro de lana

El bebé y el gato duermen un rato

Todas las mañanas

Sapo vago

Al oso perezoso le gusta el pozo

Cantos de piratas

Canto del capitán al loro

Fantasma

La culebra

Carita de porcino

Tristán eres...

Úrsula busca a su gato negro en el país del viento

Retahíla

Ronda del recreo

Poesía

Mi caballo siempre vuelve

Canciones

Rap de las Ratas

Empedrado de dientes

La bailarina de la cajita de música

Rock de la ruta

Dale

Basta ya

Cachorrito

Criaturas de la noche

Dorotea y Teodoro

El engaño de la jirafa

Micro relatos narrativos

La muñeca

Cada mil años

Las diabluras de la bruja Mirta y la venganza de sus hermanas

Fuegía y su yegua

Eugenia y su abuela

Renata y el agua

Micro relatos expositivos

El gigante del mar

El lagarto que parece un leopardo

Relatos de niños de Argentina

¡No me molestes más!

Mi burro Toné

El baldío

La abuela lo va a pillar

¿Un vampiro?

Leyenda

Las mujeres que bajaban del cielo

Temas de los Núcleos de Aprendizaje Prioritario

El barrio

Cambios en el tiempo. Los transportes

El cuerpo

Estados del agua

Del campo a la ciudad

Oficios

Cuentos de animales

Canta, canta, canta

Simón

¡Gracias Tío!

Pedro y el mar

La dragona panadera

Amigos pese a todo

¡Qué buen amigo es mi sapo!

Cerrá el pico

¡¡Auxilio, socorro!! ¡¡Mapache suelto!!

Cuentos disparatados

La planta carnívora

Josefina y la torta voladora

¿Quién hundió al barco?

Dos huevitos, tres sandías

Un cuento clásico con otro final

“El Flautista de Hamelín y los niños justos”

“Tenedor libre: rimas, poesías, adivinanzas, rondas, relatos...”, es una compilación, en soporte virtual, de una variada gama de textos destinada al desarrollo y promoción de la lectura.

La variedad de los textos incluidos no resulta azarosa pues la autora, María Victoria Gasparini, considera que considera que “para que los niños se acerquen y disfruten de la lectura es imprescindible que tengan una oferta que sintonice con sus gustos, necesidades, inquietudes y sentires”.

Asimismo, su calidad y riqueza permiten que la obra resulte un recurso útil para docentes y padres preocupados en promover hábitos lectores en los niños.

Cada niño puede ante “Tenedor libre” servirse lo que quiera, en las cantidades que desee. Adelante, ¡todos están invitados al festín de la lectura!

Adivinanzas, poemas, canciones

Adivinanzas con respuesta

¿Quién cuelga del árbol con la cola?

El mono, con una mano sola.

¿Quién sueña todo el invierno en la cueva?

El oso hiberna, pues hay nieve afuera.

Adivinanzas

Tengo cabeza de hierro,
mi cuerpo es de madera.
Al que golpeo en un dedo,
sin duda verá las estrellas.

MARTILLO

Ruge sin voz.
Vuela sin alas.
Silba sin boca.
Nadie lo atrapa.

VIENTO

Treinta conejos blancos,
sobre una alfombra rosada,
primero mordisquean,
después trituran y tragan.

¡Nunca se cansan!

LOS DIENTES

Yo vivo en el río,
no quiero salir.
Si salgo del agua,
¡me voy a morir!

EL PEZ

Trabajo con letras (sonido inicial)

Con A: El avestruz y su huevo amarillo

El avestruz tiene alas,
pero no puede volar.

El avestruz corre muy rápido,
pero no puede volar.

El avestruz pone un huevo amarillo,
no le importa no poder volar.

Con A y S: El árbol

¿Qué necesita el árbol para crecer?

Agua, aire y sol.

Sin agua, se seca.

Sin aire y sol,

su propio alimento,

no puede fabricar.

E y U: ¿Por qué no ves al elefante?

¿Viste un elefante escondido detrás de una uva?

¡Viste qué bien se esconde!

Tan bien, que nunca viste un elefante escondido detrás de una uva.

E y U: Una luna que parece una uña

En el cielo la luna parece una uña.
Una estrella brilla junto a ella.
El lago parece un espejo,
en el agua, dos reflejos.
Una luna que parece una uña,
Y una estrella que brilla junto a ella.

E e I: ¿Por qué el esquimal Eruk construyó un iglú?

El esquimal, un indio fuerte llamado Eruk, vio la luz de la primera estrella.

Había pescado suficiente para regresar. Cargó en su espalda el saco colmado de pescados.

Retornaba tranquilo usando su arpón como bastón, cuando vio huellas de oso.

Un enorme oso polar estaba cerca. Eruk, siempre llevaba su cuchillo hecho de marfil de morsa. Sin dudarlo, comenzó a cortar el hielo para construir el iglú, en el que pasaría la noche. Escuchó un rugido y tuvo miedo. Cuando la oscuridad fue total no había terminado. Soplaban el viento y no lo dejaba escuchar por dónde venía el sonido. Entonces, apareció su hermano en el trineo, con sus perros y una lámpara de aceite de ballena. Los dos durmieron en el iglú hasta que asomó el sol y el oso siguió su camino después de comerse los pescados del saco.

I y O: La iguana y el oro

En la isla hay un tesoro
¿Habrá pepitas de oro?
Por el rabillo del ojo
ve a una iguana haciendo un pozo.
¿Ella encontrará el tesoro?
¿Me dará, la iguana, el oro?

Con M y B: Al marinero le duele la muela

La madera del barco brillaba al sol.
El marinero subió al mástil y saludó a una bandada de gaviotas.
Cuando el barco se alejó del muelle le empezó a doler la muela.
Fue a la bodega a buscar sal para hacer buches con agua.
Parecía que tenía una bola de masa dentro de la boca.
Además el barco se balanceaba con la marea y, ¡más dolía!
El cocinero le dijo que se sentara en el baúl y le mostrara su muela.
Cuando el marinero abrió la boca el cocinero dijo -¡Mira, una ballena blanca!
Entonces le sacó la muela de un tirón. El marinero gritó pero después sintió que el cocinero hizo ¡muy bien! en ayudarlo.

Con S y F: El sapo fotógrafo

El sapo anda en moto,
y saca una foto.
Con la moto derrapó,
¿Y la foto? borrosa salió.

Con R y S: El perro Ramiro

El perro Ramiro
dio un gran suspiro.
No encuentra su hueso,
se le ha perdido.
Olfatea el suelo.
No tiene consuelo.
No encuentra su hueso,
se le ha perdido.

H y S: La hamaca

La hamaca cuelga de las sogas de un árbol.
La niña se hamaca suave,
le gusta sentir el aire en la cara.
La mamá la llama para la cena.
No quiere tomar la sopa, no tiene sal.
Come pan con semillas de sésamo.

F y S: Una familia muy especial

Era una familia muy especial.

La mamá enorme, como una foca.

El papá redondo, como un sapo.

El hijo flaco, como un fideo.

Vivían en la selva, y dormían en el suelo.

A la sombra de una flor.

A-E-I-O-U

¿Cómo llegó el oso a la isla?
En una isla rodeada de agua salada,
apareció un oso de la nada.
Con las uñas hizo un pozo y se acostó gustoso,
bajo miles de estrellas plateadas.

Rimas

Cada cual en su casa

El canario,
vive en el armario.

Los ratones,
en los cajone.

Los grillos,
en los castillos.

El tero,
en el florero.

El elefante,
en el estante.

¿Y dónde vives tú?
yo vivo en un iglú.

La rana Juana y el gorro de lana

Una rana llamada Juana,
quería un gorro de lana.
Como nadie tenía lana,
se sentó triste en la ventana.
¡Pobre rana Juana!

El bebé y el gato duermen un rato

El bebé duerme en la cuna,
el gato mira la luna.
El gato espera un rato,
y se duerme en el zapato.

Todas las mañanas

Todas las mañanas,
el mono salta de la cama
y se cuelga de la rama.
Todas las mañanas,
desayuna tres bananas.

Sapo vago

El sapo está enojado,
y se queda sentado.
¿Por qué está enojado?
Porque está cansado.
No salta ¿porque está cansado?
¡No! No salta, porque es vago.
Solo le gusta estar sentado.

Al oso perezoso le gusta el pozo

El oso perezoso,
se duerme en el pozo.
No quiere moverse,
le gusta el reposo.
Hiberna quietito en el pozo.

Cantos de piratas

¡Somos los piratas!
¡No nos asustan las ratas!
Usamos diente de oro,
y en el hombro un verde loro.
¡Somos los piratas!
Nos gusta andar en el mar,
y algún tesoro encontrar,
para poderlo robar.
¡Somos los piratas!
Cuando estamos por zarpar,
nos volvemos a alegrar.
Cuando tiran los cañones,
no nos tiemblan los calzones.
Cuando ganamos batallas,
no nos ponemos medallas.
¡Somos los piratas!
Ya mismo suelten amarras,
y que suenen las guitarras!.

Canto del capitán al loro

Vuela, viejo loro.
¡Te lo imploro!
Encuentra el tesoro.
¡Que quiero mi oro!

Fantasma

Yo lo vi, con los ojos de agujero,
saliendo de mi ropero.
Yo lo vi, con el cuerpo de sábana blanca,
colgando de mi lámpara.
Yo lo escuché, golpear furioso como el viento.
y de verdad, me quedé sin aliento.
Yo lo escuché, llorando en un rincón,
y quise esconderme en el cajón.
Aterrado, me tapé con la frazada.
pero, el fantasma ¡no hacía nada!
Solo de vez en cuando me visita.
Ya no llora, a veces me imita.

La culebra

La culebra se mueve entre las raíces,
no te asustes, pero no la pises.
La culebra tiene el cuero dibujado,
si lo miras te sientes mareado.
Culebra, culebrita ¡no te enrosques!
sigue tu camino por el bosque.

Carita de porcino

No era solo un capricho.
De verdad, quería a ese bicho,
que andaba por el camino,
con carita de porcino.

Es un bicho inmundo,
-decía mi hermano-.
¡Quiero a ese vagabundo!
Y, juntaba las dos manos.

Tengo un solo sueño
¡Seguro tiene un dueño!

-Mirá su colita de reptil,
y los ojos brillantes de mandril-.
-Es un monstruo horrible,
¡quererlo es imposible!.

Tengo un solo sueño
¡Yo seré su dueño!

El niño lo puso en una caja,
y lo llevó muy contento a su casa.
Su hermano le tenía desconfianza,
y él la hacía cosquillas en la panza.
Finalmente, su hermano quedó conmovido,
cuando encontró la llave que se le había perdido.
Y no le importó un comino, su carita de porcino,
su nariz de pepino y cómo decía “che”, el bicho argentino.

Tristán eres...

-Tristán, niño holgazán, en vez de picar esa pelota
¿Por qué no me lustras las botas?.

El pobre niño escondía su balón, bien oculto,
bajo su viejo colchón.

Agarraba las botas malolientes,
mientras protestaba por su suerte,
maldiciendo entre dientes.

Tristán soñaba con jugar un partido,
y le ponía a las botas cinco capas de betún,
solo, porque era muy distraído.

Cuando el tío se calzó la bota derecha,
salió disparado, para atrás, como una flecha.

Dio en el aire una doble mortal
y mientras aterrizaba gritaba:
-¡Eres un animal!

El tío fue a buscar su caballo y las cañas de pescar.
Irían al río, antes de que lo empezara a retar.

-Por qué no subes y dejas de mirar las nubes.
-Pareces un marrano, colmado de lodo en el verano.

-Vamos a pescar al río y, con un poco de esfuerzo,
conseguiremos nuestro almuerzo.

De la tierra al caballo,
del caballo al camino,
del camino a la orilla,

donde amarraba una barca,
para botar en el río.

-Tristán querido ¿eres el enemigo?.
Espantas a los peces,silbando, así de horrendo y escupiendo.
Te prefiero dormido, antes de que hagas tanto ruido.

Acunado por la embarcación, Tristán se entregó a la ensoñación.
Era solo un ratito, porque en breve lo despertaría el apetito.
Deseaba que un enorme pez, mordiera el anzuelo de una vez.

-¡Ay dios mío!, dijo Tristán hablando dormido.
En el medio del partido que soñaba,
un rayo prendió fuego a la red del que atajaba.

El arquero huía,dejando el arco a su merced!
Tristán no podía permitir ese descuido y,
antes de que el contrario disparara el balón,
¡se lanzó a atraparlo como un león!

Pero cuando abrió los ojos;el tío era catapultado al río!,
la caña volaba como jabalina y la tanza se enrulaba como serpentina.
Mientras intentaba rescatar a su tío de ese descomunal lío.
Su nombre gritaba sin parar:Tristán, Tristán, ¿eres un animal!

Úrsula busca a su gato negro en el país del viento

Cuando Úrsula cumplió seis años le regalaron a un gato negro. Siempre estaba con ella, como su propia sombra, hasta que un día desapareció. Úrsula salió a buscarlo. Así conoció el al país del viento, al país del hielo, al país de papel...

Cuando Úrsula abrió la puerta del país del viento, tuvo que cerrar los ojos y agachar el cuerpo. Su pelo volaba formando remolinos y escuchaba, en sus orejas, un fuerte zumbido.

Le preguntó a una señorita que sostenía su corta pollera:
¿Ha visto acaso señorita un gato negro por las veredas?
La señorita afirmó -¡no hay panteras en esta aldea!

No volaban los pájaros, volaban las galeras,
y flameaban las bufandas como hermosas banderas.
Úrsula miraba en todas las direcciones,
buscando algún pelitnegro que le diera ilusiones.

-Un gato negro señor ¿no ha visto?
-¿Negro? Negro mi zapato, ningún negro gato.
-Negro mi moñito, ningún negro gatito.
-Negro mi bombín, lárguese y fin.

El viento soplaba y Úrsula se preguntaba:
-¿A ninguno le importa que se perdió mi gato?,
¿Nadie comprende la tristeza que yo siento?,
Aquí todos se van hacia donde sopla el viento.

Retahíla

Juana dibujó una luna,
y la luna se hizo sol.
El sol brilló como estrella,
y la estrella se apagó.
La estrella se había apagado,
pero no se apagó el sol,
que brilló como la luna,
y Juana la dibujó.

Ronda del recreo

En el recreo rueda que rueda,
Rueda, la ronda de nuestra escuela.
Las niñas cantan mientras dan vueltas,
y la pelota rueda en la tierra.
¡Todos contentos jugando afuera!

Poesía

Mi caballo siempre vuelve

Mi caballo siempre vuelve,
hay que saberlo esperar.
Una mañana al galope,
se fue a conocer el mar.

Cuando volvió, en sus ojos,
todos podían mirar,
las olas, la blanca espuma,
la arena que huele a sal.

Cuando se fue a la montaña,
trotando, sin mirar atrás,
trajo en sus ojos los pinos
y lagos tan cristalinos,
como espejos de verdad.

Y una mañana cualquiera,
cuando el sol, tiene pereza,
yo siento que él regresa
de atrás de la cordillera.

Preparo agua y comida,
tarareo una canción,
porque regresa un amigo,
que viaja en mi corazón.

Canciones

Rap de las Ratas

El rey recorría los rincones,
repitiendo irritado, rápido, por favor.
El rey Raúl, robusto y rechoncho,
miró su reloj.

En la sala del trono sería la recepción.
¡Una rata royendo rabanitos! Eso no arruinará nuestra gran reunión.
¡Rata repugnante vete, por favor!
La rata se rió.

Estríbillo:

El rey Raúl, robusto y retacón,
rojo de rabia le rogó:
Rata, ratera, sal de este salón.
La rata, royendo, se burló.

Raúl raudamente recapacitó:
Te daré rubies, chofer y Rolls Royce.
Ella reaccionó, no quiero riquezas,
solo un radiograbador.

Estríbillo:

El rey Raúl, robusto y retacón,
rojo de rabia le rogó:
Rata, ratera, sal de este salón.
La rata royendo, se rió.

-¡Rata ridícula, el rey soy yo!
La rata rechaza, no se rebaja,
rezonga, rebota, repite.
-¡Quiero mi radiograbador!
El rey se rinde a regañadientes.
La rata relajada y sin rencor.

El rey Raúl resopla resignado,

retoma el rumbo a su reunión.
La rata recontenta se va rapeando,
ríe feliz con su radiograbador.

El rey con todo su poder no la pudo convencer.
El rey con todo su poder no la pudo someter.
El rey con todo su poder no la pudo convencer.

Empedrado de dientes

En la esquina de una plaza,
vivían cientos de ratones.
Ellos estaban cansados, de la tierra en sus colchones.
Arena y mugre arruinaban sí, todas sus provisiones.

María y Pérez se encontraron,
una tarde en las hamacas.
A ella le faltaba un diente y se voló su bufanda.
Ella corría y corría sí, pero no la alcanzaba.

Estribillo:
Viento como un suspiro, como una brisa que acaricia y pasa.
Quiere llevarse todo y no nos alcanza.
Siempre estaremos juntos, a mí me importa lo que te pasa.
El deseo es el deseo, nadie lo para.

Cuando la gente se dormía,
marchaban en la caravana.
Ellos estaban seguros, de lo que juntos lograban,
apisonaban la tierra sí, para que no se volara.

Un cofre lleno de dinero,
con billetes que asomaban,
descubrieron los ratones, que en el polvo trabajaban.
Pérez tomó su billete sí, y se lo llevó a su casa.

Estribillo:
Viento como un suspiro, como una brisa que acaricia y pasa.
Quiere llevarse todo y no nos alcanza.
Siempre estaremos juntos, a mí me importa lo que te pasa.
El deseo es el deseo, nadie lo para.

Niña y ratón se encontraron,
una tarde en las hamacas,
María estaba muy triste, por lo que el viento robaba.
Ella lloraba y lloraba sí, Pérez la consolaba.

Pérez corrió hasta su casa,
con una idea brillante,
regalarle su billete que en secreto guardaba.
Entonces ella podría sí, comprarse una bufanda.

Estribillo:
Viento como un suspiro, como una brisa que acaricia y pasa.
Quiere llevarse todo y no nos alcanza.
Siempre estaremos juntos, a mí me importa lo que te pasa.
El deseo es el deseo, nadie lo para.

María corrió hasta su casa,
con una idea brillante,
regalarle cuatro dientes que en secreto guardaba.
Entonces Pérez podría sí, cubrir la calle de su plaza.

Todos los ratones lo imitaron,
todos los niños les daban.
Y en esa calle de tierra, el viento ya no molestaba.
Un empedrado de dientes sí, con niños que jugaban.

Estribillo:
Viento como un suspiro, como una brisa que acaricia y pasa.
Quiere llevarse todo y no nos alcanza.
Siempre estaremos juntos, a mí me importa lo que te pasa.
El deseo es el deseo, nadie lo para.

La bailarina de la cajita de música

Ella espera el momento en que el sol vuelva a brillar,
donde se quiebra el silencio y la oscuridad se va.
Vivir el encantamiento de danzar y de danzar
en su casa de cristal.

En el lago de espejo gira, la bailarina,
la música suave la hace, bailar.
La caja se abre, como una ventana,
son tenues sonidos que la hacen soñar.

Cuando en la noche estrellada sus brazos sintió volar,
y en el tul de su vestido algo comenzó a flotar,
buscó y en aquel reflejo no se pudo encontrar.
Ella dejó su hogar.

En lo profundo del mundo sus pies quisieron jugar,
recorriendo los caminos sin tener que regresar,
desafiando el destino de girar y de girar.
En plena libertad.

En la espuma suave gira la bailarina,
la acuna la brisa del mar.
Su vestido toca el agua salada,
las huellas se pierden en la inmensidad.

Rock de la ruta

Mi abuelo me enseñó a pasar los cambios,
miré como funciona cada pedal.
El volante, es como el de mi karting,
nadie me cree, que voy a arrancar.

Yo tengo la llave en mi bolsillo,
la pongo, la giro, comienza a andar,
acelero, me muevo despacio,
el auto protesta y quiere escapar.

Estribillo:

Y aca voy por la autopista, lista, manejando,
y mis pelos volando.
Y voy a cien, ciento veinte, ciento treinta,
que velocidad.

Mejor ni imaginar si me descubren,
mi papá seguro se pone a gritar,
El castigo, me hará caer el pelo,
quedar pelado, por toda la eternidad.

Mejor ni imaginar si me descubren,
mi mamá seguro se pone a llorar.
El castigo, me hará volverme un perro,
dejarme atado, por la eternidad.

Estribillo:

Y aca voy por la autopista, lista, manejando,
y mis pelos volando.
Y voy a cien, ciento veinte, ciento treinta,
que velocidad.

Yo pruebo los botones de todo el auto,

encuentro en la radio un rock and roll.
Las luces, se prenden y se apagan
Y ahora a doscientos, no pierdo el control.

Este es mi sueño, mi blues de la ruta,
lo que otros piensan me da igual.
No se preocupen, no pienso chocar,
no me despierten che, que sé a manejar.

Estribillo:

Y aca voy por la autopista, lista, manejando,
y mis pelos volando.
Y voy a cien, ciento veinte, ciento treinta,
que velocidad.

Dale

¡Dale! que ya se viene el recreo.
¡Dale! que al árbol quiero trepar.
¡Dale! que ya salimos corriendo.
¡Dale! que quiero ir a jugar.

¡Dale! que en estos sucios bolsillos,
algo increíble voy a encontrar.
¡Dale! que me despeina la brisa,
cuando me tiro del tobogán.

Estribillo:

Abran la puerta,
de par en par.
Que está saliendo, la banda loca,
lo que ella toca, no para de sonar.

¡Dale! que la pelota no pica,
pero igual la hacemos rodar,
porque para inventar un partido,
somos el Diego, Messi y Ronaldo.

¡Dale! que ya se viene la mancha,
y hay que correr para escapar.
Cuando te estoy alcanzando,
no vale “pido” y parar.

Estribillo:

Abran la puerta,
de par en par.
Que está saliendo, la banda loca,
lo que ella toca, no para de sonar.

¡Dale! que con mis superpoderes,
todo lo triste quiero cambiar.
En el recreo inmenso del mundo,
todos los chicos van a jugar.

Estribillo:

Abran la puerta,
de par en par.
Que está saliendo, la banda loca,
lo que ella toca, no para de sonar.

Basta ya

A la hora de comer, nada le venía bien,
no importaba que le cocinaban, a esa nena nada le gustaba.

Si le daban ensalada, la lechuga rechazaba,
cuando le servían batatas, quería ananá en lata.

Estribillo:

¡Basta!, se acabó: a terminar el plato.
Sentada te quedarás, hasta terminarlo.

Y fruncía la nariz, si preparaban tortilla,
a esa hora prefería una leche con vainillas

Que el pescado tiene olor y la sopa está salada,
el pollo está muy quemado y el puré sin gusto a nada.

Estribillo:

¡Basta!, se acabó: a terminar el plato.
Sentada te quedarás, hasta terminarlo.

Por fin, y desde muy lejos, llegó la nona querida.
Con su rojo delantal dijo: ¡a jugar en la cocina!

Cuando baila el perejil y los ajos hacen fila.
Cuando lloran las cebollas porque caen en la olla.

Estribillo:

¡Basta!, se acabó: a terminar el plato.
Sentada te quedarás, hasta terminarlo.

En la montaña de harina, rompieron 14 huevos,
amasaron los fideos y en gran fiesta los comieron.

Estribillo:

¡Basta!, se acabó: a terminar el plato.

Pero como no, ¡voy a devorarlo!

Cachorrito

Por favor, te lo suplico, regalame un cachorrito.
Yo te prometo lavar los platos, barrer cocina y patio.
¡Ni lo pienses!, ¡ni lo sueñes!: lo que faltaba, un animal en casa,
más trabajo, pelo y barro, ¡encima hay que pasearlo!

Una vuelta a la manzana, yo lo llevo en la semana,
y si corre o tirona, tengo fuerte la correa.
¡No es tan fácil!, darle vacunas y un collar para las pulgas,
hay que bañarlo, alimentarlo, ¿quién se va a hacer cargo?

Estribillo:
Y además, lo sabes, ¡lo vamos a amar!
Y también, lo sabes, ¡él nos va a cuidar!

¿Y si molesta a los vecinos ladrando sin parar?,
voy a enseñarle que esté tranquilo, él se va a comportar.
¿Y cuando viajemos, tu perrito, con quién se va a quedar?
Al dejarlo, y despedirte, seguro vas a llorar.

Estribillo:
Pero igual, lo sabes, ¡lo vamos a amar!
Y también, lo sabes, ¡él nos va a cuidar!

Criaturas de la noche

Hoy la noche es más oscura que todas las otras.

No me quiero ir a dormir.

No me gusta quedarme solo, pero todos se despiden y se van.

En la pared de mi cuarto hay raras formas que tiemblan como una cabeza enorme con una sola pierna ¿es la sombra del árbol? Sí, seguro que es la sombra del árbol.

El tic-tac del reloj parece rápido y las agujas tan lentas, quiero que pasen las horas, que pasen.

No quiero dormir, seguro que tengo pesadillas.

Cuando tengo sueños feos me persiguen monstruos, quiero gritar y la voz no me sale, quiero correr y no puedo, la puerta de mi casa se aleja.

Mejor miro el techo y cuento, cuento hasta cien.

De repente escucho ruidos de paso, las manos empiezan a transpirar.

Algo se mueve ahí abajo. Crujen los escalones y sube por la escalera.

El corazón me late tan rápido que se me va a salir del cuerpo.

Me tapo la cabeza con la almohada y de golpe... me cae algo encima.

Me quedo congelado como una estatua.

No puedo gritar, en mi pecho se clavan unas uñas.

Desesperado junto coraje, revoleo la almohada al piso.

La bestia me mira con sus enormes ojos amarillos. (maullido)

¿Ahora maúllas? ¡Maldito gato! ¡Es el gato, el gato del terror!

Todo el día durmiendo y cuando se va el sol... sos la criatura de la noche.

Dorotea y Teodoro

Teodoro vivía en las alturas,
el balcón era su locura,
y miraba con curiosidad,
desde arriba, la gran ciudad.

Dorotea vivía en una casa,
ella amaba su jardín:
las hormigas, las abejas,
y sus flores de alelí.

Un día de sol brillante,
en la plaza se encontraron.
Ella saltaba a la soga,
y él, en la trepadora.

Teodoro tenía vergüenza,
de invitarla a jugar.
Dorotea con piruetas,
su atención quiso llamar.

Ella con tanto entusiasmo,
se empezó a marear,
y, en la arena, de aquel salto,
de cabeza fue a parar.

Dorotea ya parada,
empezó a las carcajadas.
Estaba llena de arena,
y con rodillas raspadas.

Fueron juntos a la calesita,
montados en dos caballos,
comieron pochoclo tibio,

y cantaron otro rato.

Teodoro volvió a su casa,
con una misión en mente:
construir un avioncito,
con un mensaje imponente.

¡No es fácil!, pensó Teodoro,
llegar hasta ese jardín,
pero si un avión no llega,
lanzaré más de cien mil.

De repente Dorotea,
vio clavarse como flecha,
aquel avión mensajero,
en medio de la maceta.

Y con emoción profunda,
abrió el avión de papel.
Un mensaje para ella,
que sólo venía de él.

¿Quieres saber qué le puso?
¿Quiéren saber qué decía?:
Dorotea, yo te adoro,
firma tu novio: Teodoro.

El engaño de la jirafa

Había una vez una jirafa,
que vivía perturbada,
porque le picaba el cuello,
de la panza a la cara.

Tan molesta se sentía,
que corría todo el día,
no paraba de andar,
ni siquiera en carnaval.

Una tarde ya extenuada,
se detuvo a descansar,
y vio que sin darse cuenta,
estaba a la orilla del mar.

Un pulpo muy educado,
se asomó a saludar.
Ella miró sus ocho brazos,
y se empezó a entusiasmar.

Le dijo: mira, querido amigo,
lo que veo allá, en el horizonte.
Cuatro pulpos que caminan,
por noches de serpentinas,
llevan botas y tambores,
con sombreros de colores.

El pulpo, al ras del agua,
lleno de su curiosidad,
le preguntó a la jirafa,
si la podía trepar.

El pulpo se resbalaba,

Y, de paso, la rascaba;
pero arriba no vio nada,
¡La jirafa lo engañaba!

Le dijo: mira querido amigo,
las nubes tapan el horizonte.
Para ver lo que yo vi,
deberás subir otro día.
¡Seguro te sorprenderás!
Otro día de sol...
Que vale la pena trepar,
otra rascadita,
¡Soy una jirafa feliz!,
¡ay pulpito, gracias a ti!

Micro relatos narrativos

La muñeca

Lucía salió de paseo con su perro. Llevaba su muñeca de piel negra. Cuando cruzaron el puente, la muñeca se soltó de su mano y cayó al agua, se la llevaba la corriente. El perro corrió por la orilla, después nadó a favor de la corriente, hasta alcanzarla. Lucía besó a su perro en la cabeza y abrazó a su muñeca. A la muñeca, le salía agüita de los ojos, como si estuviera llorando.

Cada mil años

Juan salió de la escuela pateando una tapita roja. Miraba el suelo para no perderla de vista.

Cuando llegó a la esquina le pareció que algo se movía junto al árbol. La tapita rodó hacia la calle. Y algo venía rodando hacia Juan ¿Qué era? Una pelota de fútbol, nueva, brillante. Juan miró para todos lados y no vio a nadie. Entonces, despacito, fue llevando la pelota con su pie. Cada mil años una pelota busca a un niño para jugar. Esta vez, la pelota encontró a Juan.

Las diabluras de la bruja Mirta y la venganza de sus hermanas

A la bruja Mirta le gustaba hacer diabluras. Una noche sin estrellas, tapó la luna con un telón. En la oscuridad total, sus hermanas se perderían en el bosque. Las tres hermanas estuvieron toda la noche rondando desorientadas.

Para vengarse, a la mañana siguiente, hechizaron la escoba de Mirta. Cuando ella quiso volar, la escoba se volvió loca: comenzó a dar vueltas y vueltas. Mirta se mareó y se cayó en un pozo. Enfurecida, salió del pozo y rompió la escoba en mil pedazos. Mientras tanto en el bosque, sus hermanas se reían como locas.

Fuegia y su yegua

Su madre le cepillaba la cabellera con fuerza y cruzaba con tensión su pelo pero nunca lograba que las trenzas permanecieran armadas un día entero.

Todas las mañanas Fuegia montaba en pelo su yegua y galopaba como si la persiguiera el fuego.

Su madre la advertía del peligro y la hacía trabajar junto a ella en la huerta, para serenar su espíritu.

Pero la niña indómita, se escapaba a la hora de la siesta, abrazaba al cuello caliente del animal apuntaba al bosque. Su proeza consistía en acertar colgarse de la rama alta de un árbol, saltando desde su caballo: se paraba, en pleno galope, en el lomo del animal y brincaba hacia la rama como una trapecista. Se balanceaba riéndose y su yegua desconcertada se paraba en seco ¿cómo era posible que desapareciera la niña de su lomo? Fuegia aprendió a hornear pasteles, a pegar botones, a tejer bufandas. Pero, cuando necesitaba sentirse libre, se perdía en la llanura galopando ligero, desafiando no sólo, la ley de gravedad.

Eugenia y su abuela

Eugenia aprendió de la mano de su abuela a tejer carteritas de macramé,

Para los cumpleaños de sus tías, empezaba con mucha anticipación a hacer las diminutas flores que se disponían en forma de corazón. El día del té, coloreaba la pasta de almendras y moldeaba pequeñas aves que distinguían sus tortas.

Con cerdas finas y sus pomos de plomo pintaba calas, margaritas y clavelinas en cajas de madera.

En el invierno iba por las tardes a la casa de su abuela. De esa habitación en penumbras, le impresionaba la peluca que estaba en un cráneo de madera junto al espejo. Nunca se atrevió a probársela.

Su abuela le regaló un pastillero nacarado para guardar sus dientes de leche.

Cuando su abuela murió, Eugenia pintó la pared de su cuarto usando sus manos como pinceles.

Renata y el agua

Renata se inclina en la roca pero no mira su reflejo, mira el agua. No resiste la distancia y se zambulle. Le gustan las cosquillas de las burbujas y avanzar hacia lo profundo como un pez.

Renata flota de cara al cielo, el agua la acuna y no quiere moverse. Su padre le contó que en otro río hubo un remolino devorador que se tragó a un hombre. Ella descrece de las locuras del agua. El agua juega, la acerca al fondo, tapándole la cara, la rota para marearla, le anuda los cabellos... pero no jala, no asfixia.

Un día el amor llevó a Renata muy lejos y el desamor la llevó a una orilla.

No pudo creer lo que veían sus ojos. El agua era todo y ella fue todo con el agua. La revolcaron las olas, la inundó la sal, la hirieron las caracolas. Pero, finalmente, el mar la devolvió a la orilla porque nunca había escuchado reír así.

Micro relatos expositivos

El gigante del mar

¿Qué es ese gigante que nada en el mar? Una ballena azul, mide entre 24 y 27 metros de longitud y pesa entre 100 y 120 toneladas. Está abriendo la boca y deja entrar agua y kril. El kril es un crustáceo de cinco centímetros de largo y dos gramos de peso pero tiene muchos nutrientes concentrados.

¿Y esas barbas en la mandíbula como grandes peines? Las barbas dejan salir el agua, pero no el alimento. La ballena azul es el animal más grande del mundo ¿y come kril? Sí, puede ingerir hasta ¡40 millones de kril en un día!

El lagarto que parece un leopardo

Ahí vienen unas manchas caminando. Es un lagarto leopardo ¿Por qué lo llaman leopardo? ¿Por qué tiene una cola larga y delgada como el leopardo? No. Por las manchas de su cuerpo, que son como las del leopardo chiquitas y negras. El lagarto vive en el desierto. Para oler los aromas que lo rodean saca su lengua ¡qué raro! Por el olor puede reconocer dónde está su comida. Para comer, el lagarto usa los dientes, como nosotros. Come ratones, moscas y escarabajos.

Relatos de niños de Argentina

¡No me molestes más!

Amancay y Aimé son dos niñas mapuches que viven en Neuquén.

Aimé nos cuenta:

“Cuando íbamos para la escuela Amancay aparecía corriendo por el cerro con una hebilla de flores amarillas ¡qué hermosa hebilla! Por eso siempre podía reconocerla de lejos.

A veces, la acompañaba el Negrito, el perro de ella, yo le tiraba un palo para que lo trajera, así jugaba por el camino mientras Amancay me molestaba ¡Siempre me molestaba! Me ponía ramitas en la trenza y cuando me las sacaba, me despeinaba toda. Un día vi un bicho horrible. Lo agarré. La mamá me había descosido un bolsillo para ponerlo en el agujero del codo. Por suerte me quedaba el otro bolsillo y ahí guardé el bicho.

-Tomá, le dije a Amancay, como si le diera una linda piedrita.

Ahí nomás, abrió la mano y vio el bicho ¡Salió volando como una flecha! El Negrito la seguía ladrando. En la escuela no me quiso dar la mano en la ronda pero, después, se olvidó ¡No es de rencor la Amancay!”.

Mi burro Toné

Juanita es una niña que vive en La Rioja. Juanita nos cuenta:

“Mi burro se llama Toné. Ese día iba a la escuela un poco trotando y otro poco, paraba a descansar. ¡Bah! Paraba porque estaba mirando al Manu que iba haciendo jueguitos con una pelota medio desinflada ¡Qué lindo era Manu cuando hacía piruetas! En eso estaba cuando el Manu pateó fuerte y la pelota desapareció en una mata. Apreté las riendas del burro, el Toné movió las orejas y dobló la cabeza para mirarme como diciendo: ¿Qué te pasa juanita?”

Trotamos, paramos, trotamos, paramos, así no vamos a llegar nunca. El Manu empezó a dar grandes zancadas para buscar la pelota ¡qué rápido que era! En ese momento mi burro empezó a trotar, más ligerito, quise agarrarme de la rienda pero ya estaba rebotando en el anca y luego me ladee del todo, terminé en el suelo. Nunca me había tirado, para mí que estaba celoso el Toné ¡qué vergüenza si el Manu me veía revolcada! Pero el Manu, ni se enteró”

El baldío

Tomás es un niño que vive en la provincia de Buenos Aires, Tomás nos cuenta:

“Mi mamá me dijo ¡Apurate Tomás!. Me subí a la bici volando y empecé a pedalear como un loco. Si mi mamá decía que era tarde, era tardísimo porque ella nunca me apuraba cuando tomaba la leche. Entonces pensé en cruzar por el baldío para acortar camino. Yo nunca me meto en el baldío porque el pasto está alto y me pican los mosquitos pero no quería llegar tarde a la escuela.

El pasto estaba alto ¡sí!, me costaba pedalear. En un momento sentí que algo me frenaba la rueda. ¡Una culebra! Levanté los pies de los pedales. La culebra se retorció, hizo un ruido horrible cuando la pisé. Me caí de la bici ¡Qué susto! Me subí a la bici como si fuera un potrillo y salí rajando. ¡Llegué a la escuela en un minuto! Cuando me vio la maestra me preguntó ¿Qué te pasó Tomás? ¿te persiguió un fantasma?”.

La abuela lo va a pillar

Nina es una niña colla que vive en Jujuy. Nina nos cuenta:

Esa mañana yo me fui al cerro con la abuela. Ella cuidaba los corderos. Se apareció el Kachi con su pelota que venía de juntar leña. Nos sentamos en la piedra a conversar. De pronto apareció un perro o un zorro, alzó la pelota y se escapó a todo correr. El Kachi salió a cazarlo. -Atajá, atajá -gritó el Kachi.

-La abuela lo va a pillar -dije yo.

Entonces yo he corrido para allá, juntito con mi abuela, juntito lo hemos corrido y lo hemos encerrado. Entonces Kachi le sacó la pelota de la boca, medio pinchada parecía ¡Perro atrevido! -dijo la abuela, ¡suerte que no se perdió en el cerro!

¿Un vampiro?

Ramona vive en Corrientes. Ramona nos cuenta:

Chaké, gritó Cirilo. Nosotros miramos para todos lados y no vimos nada.

-Está prendido por la pared ¡Vampiro niko es!, dijo Cirilo.

Y ahí lo vimos con las alas abiertas pegado a la pared y salimos todos corriendo.

El vampiro le muerde la cruz a los terneros, decía el Cirilo. Todos los chicos estábamos muertos de miedo.

La señorita María Silvia nos dijo que era murciélago frutero, no hace nada a la gente pero nadie quería entrar al aula

-¿Le asustó, señorita? Le preguntó Cirilo a la maestra. No, no, le dijo ella, pero mejor nos quedamos en el patio y yo dije ¡¡mejor!!

“Chaké” es una expresión en guaraní que advierte sobre un peligro

“Vampiro niko es” una expresión en guaraní que enfatiza que se trata de un vampiro

Leyenda

Las mujeres que bajaban del cielo.

Cuentan que las mujeres que habitaban el cielo, no les gustaban estar quietas y en silencio. Por eso, no les gustaba pescar. Los hombres, en cambio, pasaban largas horas quietos en sus barcas esperando, en silencio, que piquen los peces.

Por las noches, asaban el pescado y cuando se extinguía el fuego, se iban a dormir. Entonces las mujeres bajaban por sus sogas de chaguar y robaban el pescado cocido. Llenaban sus canastas y volvían trepando por los cordeles al cielo.

Los hombres primero, se acusaron entre ellos. ¡Pero el pescado no estaba por ningún lado! Entonces decidieron idear un plan para descubrir al ladrón.

Pensaron que si los ladridos de un perro los alertaban, podrían sorprender al ladrón, en el mismo momento, en que estuviera hurtando la comida que les pertenecía.

El cusquito que ataron al poste, no ladró, o no lo escucharon o como en verdad sucedió, olió la mano de la mujer, agradeció el bocadillo, la caricia y se echó a dormir junto al brasero.

Después de tres noches los hombres seguían dispuestos a descubrir al ladrón. En esta ocasión, Juan patrullaría mientras los demás dormían. Juan debía hacer un fuego que durara toda la noche. No le gustaba caminar y caminar para encontrar las ramas secas, no le gustaba soplar y ser paciente hasta que encendieran los troncos. Pero esa noche, se concentró: mantuvo el fuego, caminó frotándose las manos, agregó ramas secas, abanicó las brasas hasta que... se quedó dormido acurrucado junto a las cenizas.

Cuando las mujeres bajaron, llenaron sus canastas de pescado. Vieron al hombre dormido y pensaron que iba a congelarse a la intemperie.

Elena, buscó ramas secas y se esmeró en frotar la piedra con la que encendía el fuego: trató de no hacer ruido.

Juan espiaba con un ojo entreabierto. Cuando las lenguas de fuego empezaron a calentar. Elena se puso de pie y Juan la tomó de la mano. Elena se asustó, las mujeres del cielo empezaron a gritar, como si estuvieran ardiendo y a correr, como si las persiguiera el mismo diablo,

buscando sus sogas para huir. Pero sus sogas ya no estaban colgando. Los hombres las habían anudado para que no alcanzaran a tomarlas. Cuentan que las mujeres que habitaban el cielo no les gustaban estar quietas y en silencio. Por eso, no les gustaba pescar. Cuentan que los hombres que habitaba la tierra, no les gustaba estar recolectando ramas y frotando piedras. Por eso, no les gustaba hacer el fuego. Las mujeres descubrieron que podían comer, calentarse, cantar y bailar junto al fuego. En aquel tiempo, las mujeres quisieron quedarse a esperar a que los hombres volvieran de su jornada de pesca y comer juntos los pescados asados.

Temas de los Núcleos de Aprendizaje Prioritario

El barrio

Una feria muy rara

En todas las provincias de nuestro país se hacen ferias. En algunas ciudades se venden ropa y objetos antiguos. En algunos pueblos artesanías; en otros, verduras, fruta, quesos y pescado.

Pero, la feria de Santa Anita, en la provincia de Jujuy, es muy especial ¿rara? Sí, rara y divertida. Hay un banco de mentira donde se cambia el dinero por unos billetes chiquitos y con esa platita en los puestos se compra: gorritos tejidos, ponchitos de telar, tamales ¡Pero todo es de miniatura! Además hay un agente y un juez. Si los chicos se pelean porque la niña que está comprando un gorrito para su muñeca empuja al otro que está comprando un tamalcito, viene el agente y los lleva al calabozo ¿Al calabozo? Sí, una salita de la capilla. Entonces hay que buscar al juez y pagar la multa. Por suerte en el calabozo los chicos se piden disculpas ¡Y...a seguir comprando en la feria!

El misterio de la murga

Se escucha a lo lejos la murga ensayando, el redoblante, el coro: “Todos estamos de fiesta, olvidando nuestras penas, no queremos estar mal ¡cuando llegaba el carnaval”....

“Los locos lindos de Florida” era la murga del barrio de Florida. En ella, participaban varias familias, desde pibitos de tres años hasta abuelos de ochenta.

Cuando llegaba la primavera empezaban a juntarse en la plaza para ensayar, con el bombo el redoblante y los platillos. Este era un año muy especial, porque habían podido terminar trajes para todos los integrantes: levita, sombrero con flecos y las flores bordadas. Todos habían colaborado pegando lentejuelas, cosiendo botones o incluso, los más pequeños, enhebrando agujas ¡Qué emocionados se sentían todos con sustrajes tan radiantes!.

Pero, la alegría de esa noche, desapareció de repente cuando Juan fue al garaje del abuelo a buscar el bombo con platillo y sólo encontró el

pedazo de manguera con la que se hacía sonar el parche. El bombo había desaparecido, y además, el abuelo no estaba. Juan salió corriendo a avisarle a los murgueros de la plaza. Cuando llegó los chicos estaban practicando sus saltos: las piernas cortaban el aire, como tijeras. Los flecos de sus galeras, bailaban sobre las frentes.

Juan no quería entristecer a todos, pero sin bombo con platillo, ¿cómo iban a desfilar? Los mayores se dieron cuenta de que algo pasaba. Al minuto todo era un alboroto tremendo: ¿quién se había robado el bombo? Hablaban todos juntos, estaban preocupadísimos.

Por la esquina venía el abuelo avanzando lento con el bastón y su perro rengo, el Toti. En ese momento todos se juntaron y decidieron no contarle lo sucedido. El abuelo había pintado el bombo y le sacaba lustre a los platillos, sería mejor disimular para no causarle un disgusto. Las mujeres batían las palmas y los varones empezaron a golpear con los pies. Juntos empezaron a cantar

“Los locos lindos que somos. Venimos a festejar, que la murga de Florida se despierta en carnaval”

El abuelo se paró de golpe. Toti, movió la cola. Todos nos quedamos callados esperando la pregunta que no podíamos contestar. El abuelo se agarró la cabeza y se empezó a reír.

-Che, che, disculpen la interrupción pero me olvidé de decirles que hoy le presté el bombo a la hinchada de los chicos, para el partido de fútbol con Villa Martelli.

Ahí nomás empezaron a aplaudir de puro alivio. Esa misma tarde le agregaron una estrofa a la canción de presentación de la murga. Dice así:

“El corazón de la murga, por suerte reapareció. El abuelo se lo presta a todos los de nuestro barrio porque es muy solidario. Él es puro corazón”

Cambios en el tiempo. Los transportes:

El preguntón de Juanito

-¿Cómo avanzaban los galeones en el que iban los piratas si eran tan pesados?

Los galeones en los que viajaban los piratas eran barcos con muchísimas velas. El viento los hacía avanzar.

-¿Y cuándo no había viento cómo se movía?

Los piratas soplaban todos juntos... No, no, chiste.

Después aparecieron los motores y los barcos no necesitaron del viento ni del empuje de las olas del mar para avanzar.

-¿Y si las personas querían cruzar a otro continente?

Entonces se inventaron los aviones.

-¿Y para ir al espacio? Los cohetes.

-¿Y para viajar a la velocidad de la luz?

Eso, todavía no se inventó Juanito.

El cuerpo

Lluvia de ideas con Ariadna 6 años.

El juego es así, uno dice dos o una parte del cuerpo y, en este caso Ariadna, dice lo que se le viene a la mente. Un recuerdo, un juego, un gesto...

-Pie y cejas...

-Vi un programa que un chico caminaba con los pies por rocas ardientes. Me asombré y subí las cejas.

-Orejas y lengua...

-Cuando juego a la mancha muevo las orejas con las manos y saco la lengua ¡Atrapame!

-Codos...

-Siempre cuando digo gallina a otro muevo los codos como si tuviera alitas.

-Hombro...

-Cuando me preguntan algo que no sé levanto los hombros y digo ¡No sé!

-¡Ariadna, tu cuerpo sí sabe hablar!

Estados del agua:

El cocinero y el agua

El cocinero del buque rompehielos viaja a la Antártida. El mar es muy azul y hay bloques de hielo a la deriva que parecen ciudades de sal. La olla comienza a hervir y el agua se evapora, se escapa por la tapa una nube blanca ¿Cómo? Antes era un líquido y ahora ¿qué? El cocinero levanta la tapa y se le empañan los anteojos. Cuando se los saca para limpiarlos no está seguro de lo que ven sus ojos. La ventana redonda del buque muestra un mar oscuro como una sopa. Y eso ¿qué es? ¿Es un témpano de hielo que navega por el agua? Flota como un pedazo de papa en mi sopa -piensa el cocinero. En su camino a la Antártida el buque rompehielos se irá cruzando con más bloques de hielo, terrones de azúcar en mi café -piensa el cocinero. Hasta que una mañana, el hielo cubre todo el mar y el buque quiebra el hielo para abrirse paso. Entonces el cocinero se imagina el cuchillo que corta una torta helada cubierta de crema y se le hace agua la boca.

Del campo a la ciudad:

Elsi

Elsa, nació en la provincia del Chaco, trabajaba desde pequeña: con su familia en el campo y cuidando a sus hermanos. Cuando se casó con Fermín, vino a vivir a Buenos Aires y nos cuenta esta anécdota sobre el cambio en su trabajo.

En el Chaco yo trabajaba mucho. Con mis hermanas atendíamos la huerta: sacábamos los yuyos, recolectábamos las verduras y después ¡seguían las tareas! También nos ocupábamos de limpiar la casa, de atender a nuestros hermanitos y de la lavar la ropa.

Lo más cansador era cuando cosechábamos el tabaco. Ahí participaba toda la familia. Las hojas se cortan una por una, eligiendo las más maduras y después durante una semana había que secarlas, muchas veces sin poder dormir porque había que colgar todas las hojas para que se sequen.

Cuando cumplí 20 años me casé, mi marido era albañil y en la ciudad había muchas obras en construcción. Nos vinimos a vivir a Buenos Aires.

¡Cuánto ruido! ¡Cuántos edificios pegados, uno al lado del otro! Al poco tiempo empecé a trabajar como empleada doméstica en una casa en la que cuidaba a una nena llamada Lucía.

Un día estaba pasando el trapo al piso y ella me ayudaba corriendo el balde entonces me preguntó: -¿No te cansás en este trabajo?

Yo me acordé de todo lo que hacía en Chaco y le dije -¡No, para mí este trabajo es una papita!

Oficios:

Cazadores de víboras

Con Miguel formados un equipo de cazadores de víboras. Las capturamos para que Miguel haga remedios contra las picaduras de víboras venenosas.

Cuando salimos de cacería él lleva una pinza larga y un saco de arpillera. Yo llevo mi palo especial.

Para capturar una víbora venenosa hay que andar muy despacio por el monte y no dejar de mirar el suelo.

Mi palo tiene una horqueta pequeña en la punta. Si descubrimos una víbora, yo clavo la horqueta al suelo y le aprisiono la cabeza a la víbora. Enseguida, Miguel viene con la pinza porque la víbora ondula, se quiere escapar. La levanta como si fuera una media sucia del suelo y la guarda en la bolsa para llevarla a su laboratorio.

Siempre descubro alguna víbora, creo que es porque no me da miedo que me muerda, Miguel fabrica el remedio para curar. De todas maneras llevo mis botas y presto mucha atención. Me gusta que seamos un equipo con una misión. Miguel siempre le dice a mi mamá que con mi coraje he salvado muchas vidas y ella sonrío orgullosa.

Recolectora de hierbas

El oficio de recolectora de hierbas aromáticas y medicinales lo aprendió Ana desde muy pequeña, cuando acompañaba a su madre a trepar las montañas, como las cabras en busca de yuyos.

Ana recordaba ese primer día de emoción y lágrimas. La mamá le había mostrado la planta de tomillo, su hoja y su perfume y ella las iría juntando en su bolsa de tela.

Abría con sus manos las matas, que crecían entre las piedras y más allá. Debajo de un arbusto de romero descubrió un montón de plantas de tomillo. Se apresuró a arrancarlas con fuerza; pudo sacar toda la planta! Corrió ladera abajo para mostrarle a su madre.

Juana abrió la bolsa sonriente pero la madre la miró enojadísima

-¡Cómo se te ocurre hacer eso! ¡es una locura!, le dijo.

Ana sintió que las lágrimas no le aguantaban en los ojos.

La mamá cambió la expresión. Se limpió la tierra de las manos en su delantal y le pidió que se sentara en el tronco, porque había olvidado explicarle algo muy importante.

Le dijo que las plantas debían cortarse con mucha prolijidad para que la raíz quedara en la tierra y volviera a brotar.

-Si se arrancan de cuajo, llegará un día en que no quede ninguna

Juana no tenía la culpa pero se sentía avergonzada.

Su mamá la abrazó y esa noche aliviaron el catarro de su abuela con un perfumado té de tomillo.

Mi bisabuelo diariero

Mi abuela me contó que su papá tenía un puesto de diarios y revistas.

Él se levantaba a las cuatro de la mañana para recibir al camión que traía los paquetes atados con hilos. Abría el kiosco y sacaba un tablón con caballetes donde separaba los diarios.

Lo acompañaba su perro y mientras iba colgando con broches, algunas revistas, se tomaba unos matecitos.

Los domingos enrosca algunos diarios y los ponía en la canasta de la bicicleta, para repartirlos por el barrio. Cuando volvía se quedaba en el kiosco. Como era de metal mi bisabuelo decía que era una heladera en invierno y un horno en verano, pero igual le encantaba leer en el kiosco las noticias, comentar los resultados del fútbol con el verdulero y conseguirle a Doña Lola una revista especial de tejidos.

Ahora muchas personas leen el diario por la computadora pero están también las que disfrutan de leer el diario abriendo las hojas grandes con olor a tinta.

El rabadomante

Cuando fui a visitar a mi tía a Loma Bola, provincia de Córdoba, conocí a un rabadomante. ¿Saben lo que es un rabadomante? Es una persona que puede encontrar agua, lo más extraño es el método que

utiliza. Este señor era un viejito flaco y decía que su madre le había enseñado a escuchar el canto del agua. Tenía una sensibilidad especial para descubrir manantiales subterráneos y podía encontrar con su horqueta hecha de las ramas de un árbol el lugar donde debía excavar para llegar a la napa de agua. El agua de napa es la que circula por debajo del suelo, el agua es más pura en las napas más profundas. ¡Lo vi con mis propios ojos! El hombre caminaba por el terreno con su horqueta hasta que de repente la rama se dobló apuntando al piso, como si algo la jalara desde debajo de la tierra. El campo era muy grande pero el rabadomante señaló un punto clavando una estaca. Meses después en el lugar de la estaca se hizo un pozo de once metros y sí, ¡allí estaba el agua!

Cuentos de animales

Canta, canta, canta

En la casa de la abuela de Juan vivía un pájaro amarillo en una jaula blanca.

El pájaro cantaba con alegría, cantaba, cantaba, cantaba.

A Juan le gustaba escucharlo. A veces se lo imaginaba volando o comiendo las moras del árbol de la otra cuadra.

Cuando bajaba el sol, la abuela de Juan escuchaba dentro de su casa maullar al gato del vecino. El intruso animal entraba a la pieza de la abuela abriendo el mosquitero. Ella lo arrojaba a la calle por la misma ventana. Después tapaba la jaula con una funda para que el pájaro no cantara, cuando la abuela se fastidiaba, quería que todos se callen de una vez.

A Juan le daba pena, pero lo cierto era que le ponía la funda y el pájaro se quedaba mudo.

A la noche el gato del vecino aparecía por la medianera y se relamía mirando la jaula del plumón amarillo. Juan lo espantaba picando fuerte su pelota. No quería que el pájaro se asustara.

Una mañana, la abuela llenó la tacita con alpiste y fue a destapar la jaula pero;el pájaro había desaparecido!

¡Se lo comió el gato!,gritó Juan.

La abuela lo miró extrañada pero pensó que si el gato abría el mosquitero, bien podría haber abierto la puerta de la jaula.

Le explicó a Juan que los gatos son cazadores y eso no lo pueden evitar.

Juan asintió con la cabeza y salió en la bici a dar una vuelta manzana.

En la calle pedaleó rápido para llegar a la otra cuadra. En el árbol de moras lo escuchó cantar, cantar, cantar, se detuvo un momento y con una pícara sonrisa siguió pedaleando.

Simón

La abuela de Simón cocina tortas de dulce de membrillo y dulce de batata para vender en la panadería.

Las tortas las pone a enfriar en la mesa del patio.

En el fondo del patio hay una fuente de agua en la que vive un sapo.

Cuando Simón está aburrido busca al sapo entre las plantas y empieza a molestarlo. Con una ramita lo empuja para que salte, le tira hojas en el lomo hasta cubrirlo. Pero un día lo quiso pisar.

La abuela le gritó por la ventana: ¡Simón! Si matas al sapo ¿quién se va a comer a las moscas? Simón se encogió de hombros y fue a buscar la pelota. Arrastró con esfuerzo dos macetas para hacer un arco. Tomó carrera y pateó ¡goool!

La abuela gritó por la ventana: ¡Simón! Si tiras las tortas ¿qué vamos a vender en la panadería? Simón se encogió de hombros y fue a buscar algo con qué jugar. En la cocina encontró un frasco lavado donde la abuela guardaba el azúcar, lo destapó y fue al patio.

No tuvo mejor idea que capturar al sapo. El sapo apoyaba las patas en el vidrio y se resbalaba. Simón lo miraba de cerca, observaba sus manchas y la panza blanca. Después se cansó y se fue a ver televisión.

A la mañana siguiente la abuela se asomó por la ventana y vio horrorizada muchísimas moscas posadas en sus tortas.

¡Simón!, gritó enojada la abuela - ¿Qué hiciste con el sapo?

¡Gracias Tío!

Un zorro hambriento espiaba el gallinero mientras una gallina flaca picoteaba una lombriz.

El zorro caminó y caminó. Encontró un granero y robó una lata de maíz.

Entonces el zorro pensó: la gallina está muy flaca, primero la engordaré y después me la comeré.

-¡*Toc, toc!* el zorro tocó la puerta del gallinero y se escondió. La gallina abrió la puerta y no vio a nadie, solo una montaña de maíz.

-¡*Gracias tío!* gritó la gallina.

El zorro caminó y caminó. Encontró una huerta y robó lechuga

El zorro pensó: me hubiera comido la gallina pero aún está muy flaca, primero la engordaré y después me la comeré.

-¡*Toc, toc!* El zorro tocó la puerta del gallinero y se escondió. La gallina abrió la puerta y no vio a nadie, solo unas plantas de lechuga colgadas del alambrado.

-¡*Gracias tío!* gritó la gallina.

El zorro caminó y caminó. Encontró una plantación y robó pimientos rojos.

Entonces el zorro pensó: ¡Hoy sí comeré a la gallina que seguro ya ha engordado!

-¡*Toc, toc!* El zorro tocó la puerta del gallinero pero esta vez no se escondió.

La gallina abrió la puerta y al ver los pimientos colorados salieron todos los pollitos:

-¡*Gracias tío!* ¡*Gracias tío!*, repetían.

El zorro estaba sorprendido y aunque cenó unas cuantas lombrices se sentía contento. Era la primera vez que no comía solo y le gustó el barullo que hacían los pollitos.

Pedro y el mar

Había una vez un chico que vivía en un pueblo cerca del mar. Un día salió de su casa en bicicleta para ir a conocer el mar. Iba pedaleando por la vereda y en el camino se encontró con un perro chiquito

-¿A dónde vas Pedro?, preguntó el perro chiquito.

-Voy a conocer el mar.

-Yo no conozco el mar, ¿te puedo acompañar?

-Sí, claro.

Y el perro chiquito empezó a caminar detrás de la bici de Pedro. Pedro siguió pedaleando y encontró a un gato de tres colores

-¿A dónde vas Pedro?, preguntó el gato de tres colores.

-Voy a conocer el mar.

-Yo no conozco el mar, ¿te puedo acompañar?

-Sí, claro.

Y el gato de tres colores empezó a caminar detrás de la bici de Pedro y el perro chiquito. Pedro siguió pedaleando y en el campo se encontró con un potrillo gris

-¿A dónde vas Pedro?, preguntó el potrillo gris.

-Voy a conocer el mar.

-Yo no conozco el mar, ¿te puedo acompañar?

-Sí, claro.

Y el potrillo gris empezó a caminar detrás de la bici de Pedro, el perro chiquito y el gato de tres colores.

Cuando por fin llegaron, vieron el mar inmenso, ¡Una ola gigante los salpicó! y se les pegó la arena.

Regresaron sacudiéndose: Pedro, un perro chiquito, un gato de tres colores y un potrillo gris.

La dragona panadera

Hace muchísimos años en un pueblo cerca de un lago vivía una bruja llamada Iris con su dragona Juana. Todas las mañanas la dragona volaba hacia el pueblo. Desplegaba sus majestuosas alas y planeaba suave. Los ancianos sonreían mirando el cielo y los niños saludaban con las dos manos.

Juana encendía la leña de los hornos del panadero con una llamarada de su boca. Allí se doraban los panes crujientes, las facturas acarameladas y los bizcochos con granitos de sal.

La bruja Iris estaba orgullosa de su dragona y todos en el pueblo la querían. Pero un día el fuego de Juana se apagó, por más que intentaba encender la llama, de su boca solo salía un humito gris. Ese día el pan quedó crudo.

Iris intentó preparar una pócima para que recupere el fuego pero no funcionó. Juana estaba avergonzada, se sentía inútil y fue a esconderse en una cueva cerca del lago.

El panadero estaba colocando su canasta en la bicicleta cuando se le ocurrió una idea. Si Juana no podía prender el fuego bien podía hacer el reparto.

Todos los niños salieron a llamarla ¡Juana! ¡Juana! y cuando la encontraron le abrazaron su largo cuello y le contaron la idea del panadero.

Desde ese día puede verse a Juana sobrevolando el pueblo llevando en sus garras la canasta con el sabroso pan. Los niños aplauden cuando aterriza porque ahora el pan llega tibio a sus manos.

Amigos pese a todo

El yacaré y el sapo eran muy amigos pero siempre estaban discutiendo.

-¿De verdad tiene una boca enorme, yacaré! -dijo el sapo.

-Sí, pero también tengo...¡un cuerpo enorme! En cambio, usted, señor sapo, tiene una boca enorme y un cuerpo chiquito.

-¿Chiquito? No es chiquito, es ágil en la tierra y en el agua. No como usted, yacaré, que para caminar no le alcanzan las patas.

El yacaré se miró las patitas cortas. Esta vez estaba ofendido.

-Me voy a vivir a otro lado -dijo el yacaré.

El sapo dio media vuelta y saltó a una piedra, pero cuando vio que el yacaré nadaba río arriba se le estrujó el corazón.

Entonces pasó el ñandú y le dijo:

-¿Otra vez peleándose con el yacaré?

-Sí, pero esta vez se fue, me voy a buscarlo ya mismo.

-Pero ya debe estar muy lejos -dijo el ñandú.

-¿Me ayuda, amigo ñandú? -usted que camina tan firme por la orilla embarrada.

Y el sapo se fue sentado en el lomo del ñandú a buscar al yacaré que estaba enojado.

Había mucho barro, de pronto al ñandú se le cansaron las patas y se detuvo. Entonces el mono colgado del árbol preguntó:

-¿Otra vez señor sapo se peleó con el yacaré?

-Sí, pero esta vez, se fue lejos ¿Me ayuda, amigo mono? -usted que avanza colgándose de los árboles.

Y el sapo se fue colgado del mono a buscar al yacaré que estaba enojado.

Había muchas hojas, de pronto el mono se le cansaron los brazos y se detuvo. Entonces la garza posaba en la rama preguntó:

-¿Otra vez señor sapo se peleó con el yacaré?

-Sí, pero esta vez, se fue lejos ¿Me ayuda, amiga garza? -usted que viaja veloz por el aire.

Y el sapo levantó vuelo montado en la garza a buscar al yacaré que estaba enojado.

La garza descubrió al yacaré en la orilla del río y aterrizó. El yacaré se sorprendió al ver que el sapo había viajado tanto para ir a buscarlo. No dijeron nada. El sapo se subió en el lomo del yacaré y volvieron río abajo.

A la mañana siguiente, como siempre, volvieron a sus conversaciones. -De verdad, amigo yacaré tengo que reconocer que esas patas que tiene son como remos en el agua ¡Qué rápido nada en el río! El yacaré, orgulloso, hizo con sus patas fuertes un hueco en la tierra. Pero el sapo siguió:

-Lastima esa cola larguísima que no le sirve para nada....

El yacaré resignado se hundió en al agua haciendo burbujas.

¡Qué buen amigo es mi sapo!

Tomás era un niño de piernas flacas y flexibles como su amigo Pepe. A los dos les gustaba saltar en el jardín y estar juntos. Aunque Tomás fuera un niño y Pepe un sapo verde.

Una noche el papá de Tomás vino muy contento e invitó a la familia a un asado con guitarreada en el club. Sol, la hermana de Tomás, la mamá y Tomás saltaron de alegría.

Mientras el papá abría la verja y la mamá y la hermana salían de la casa Tomás no podía dejar de pensar en su amigo el sapo. Vio una oportunidad y no dudó. Metió a su amigo Pepe en el bolsillo.

Llegaron los cuatro al club, perdón los cinco, y se sentaron entusiasmados a disfrutar del perfume del asadito y de la música. Sobre la tarima había dos músicos, uno con guitarra y el otro con caja.

Cuando comenzaron a tocar algo golpeaba dentro de la caja ¡y no eran las palmas del percusionista! Pepe se había escapado del bolsillo de Tomás y se había lanzado dentro del agujero de la caja. El percusionista desesperado dio vuelta el instrumento y Pepe saltó haciendo sonar la madera. El sapo atravesó el escenario y se dio un salto adentro de una ensalada que llevaba un mozo sobre su bandeja.

El mozo se acercó a la mesa de los jubilados. Nilda y Luisa estaban muy coquetas. Cuando Nilda acercó el tenedor al plato para comer su ensalada, descubrió al sapo entre la lechuga y el tomate ¡pegó un grito espeluznante! y revoleó el tenedor por el aire.

Pepe asustado se escapó y el mozo, rojo de rabia, lo persiguió hasta que pudo atraparlo. Tomás le suplicó que le devolviera su mascota.

En las mesas todos habían dejado de comer y miraban sus platos con desconfianza. El mozo le devolvió el sapo a Tomás pero echó a toda la familia del club.

Los papás de Tomás estaban muy enojados y no bien llegaron a la casa, mandaron a Tomás y al sapito Pepe en penitencia a su cuarto.

Tomás puso a Pepe sobre la almohada de su cama y se tiró panza arriba a su lado. Entonces los dos estallaron de risa. ¡No podían parar de reír! ¡esta había sido su mejor travesura!

Cerrá el pico

Había una vez una señora llamada Alcira que vivía en una casa de departamentos.

Su hijo mayor, Luis, trabajaba de camionero y recorría las rutas llevando frutas y verduras de un país a otro. De uno de esos viajes le trajo un regalo que Alcira jamás se hubiera imaginado. Venía envuelto en una bolsa de papel madera con agujeritos y se movía; ¡estaba vivo! Cuando Alcira abrió la bolsa no entendía nada. Era un enorme papagayo multicolor. Primero se quedó paralizada y al instante pensó cómo iba a arreglárselas con semejante pájaro en un departamento. Estaba a punto de rechazar el regalo cuando el ave se tomó con sus patas del respaldo de una silla, abrió las alas amarillas, verdes y azules y agachó la cabeza como haciendo una reverencia.

Alcira lo miró fascinada. Su hijo la besó en la frente y se fue.

No le contó a nadie la novedad. Tenía miedo de que sus vecinos no aceptaran a esa extraña mascota en el edificio.

Pasaron los días y Diego, así lo llamó, se balanceaba en su palito, comía semillas haciendo ruiditos con su pico, mostraba orgulloso sus plumas.

Alcira se sentía acompañada y feliz pero varias veces tuvo que dejarlo solo, aunque a ella, no le gustara. Una mañana le había prometido a su nieto ir a visitarlo y partió con la cartera llena de golosinas.

Al mediodía, Bety, su vecina más dormilona, se había quedado sin yerba para preparar el mate, entonces tocó la puerta y una voz lejana le contestó.

-¡Ya va, ya va!, Bety esperó, al rato volvió a tocar la puerta.

-¡Ya va, ya va!, se escuchó nuevamente. Y esperó y esperó aunque la paciencia se le estaba acabando. Finalmente de muy mal humor volvió a su casa.

-¡Qué falta de consideración!, hacerme esperar tanto, Alcira está muy cambiada desde hace un tiempo, pensó Bety.

Una tarde el señor Plot del 2º "B" sacó a pasear a su perro. Cuando bajaba las escaleras, el perro se quedó olfateando la puerta de Alcira. El señor Plot le tiró de la correa y al llegar al árbol de la puerta escuchó una voz que le gritaba

-¡Pelado! ¡Pelado! El señor Plot no vio a nadie pero era indiscutible que esa voz provenía de la ventana de Alcira. En ese momento pensó: - A esta mujer le retiro el saludo- y así lo hizo.

Las burlas de Diego continuaron y Alcira no comprendía el enojo de sus vecinos. No solo Bety y el señor Plot no la saludaban. El diariero no le sonreía, hasta el verdulero, que era amigo de su hijo, la trataba como a una desconocida.

Días después Alcira estaba mirando televisión cuando comenzó a escuchar voces: ¿gente discutiendo? Subió el volumen de la televisión pero las voces se sentían cada vez más cerca ¿qué sucedía?

Abrió la puerta. Los vecinos estaban reunidos frente a su departamento. Un grito los desconcertó.

-¡Chito la boca! ¡Shh!, se callaron de repente. Alcira no tuvo otro remedio que dar dos pasos atrás y dejar a Diego a la vista de todos. El señor Plot se agarró la cabeza y se empezó a reír, con tantas ganas que contagió a los demás.

¡Un loro! ¡Era un loro!, repetía hasta el cansancio.

¡¡Auxilio, socorro!! ¡¡Mapache suelto!!

Una vez vi un mapache en un programa de televisión. Me pareció un animalito adorable: con sus manos pequeñas jugando en el agua del arroyo.

Hace una semana, el veterinario de mi barrio trajo un mapache ¡Qué alegría tenerlo ahí tan cerca! Cuando vi a través de los barrotes de la jaula su carita con el antifaz negro, el pelaje gris y la cola rayada, no pude resistir y ¡me lo llevé a casa!

La primera noche tuve una sorpresa: ruidos extraños interrumpieron mi sueño. El mapache había desparramado toda la basura en el piso de la cocina. Tardé un montón de tiempo en limpiar el desastre y al otro día yo parecía un mapache con mis ojeras negras.

La mañana del sábado quise dormir para recuperarme pero tocó el timbre el sodero. Abrí la puerta bostezando y el mapache salió corriendo a la calle. El pobre sodero, como veía que yo estaba muy dormido, quiso ayudarme: se lanzó sobre él y lo atrapó aplastándolo con su cuerpo. El mapache lo mordió en la mano y lo hizo sangrar ¡Se imaginarán el problema! Como no sabía si el mapache tenía alguna enfermedad, el sodero tuvo que aplicarse inyecciones ¡Pobre hombre! Con esta experiencia aprendí que: no todos los animales pueden ser nuestras mascotas. Ah, se preguntarán que fue de mi mapache. Ya no vive en una jaula fue trasladado al zoológico. El sodero lo fue a visitar al zoológico con su nieto, el nieto pensó que la historia era un invento de su abuelo.

Cuentos disparatados

La planta carnívora

Manuel no deseaba tener un malvón...sino ¡una planta carnívora! Desde que vio en un documental a la “Venus atrapamoscas” estaba entusiasmadísimo, con esa planta. Esa planta se cerraba en menos de un segundo con unas pestañas pinchudas que no dejaban escapar a la pobre mosca. Además, decían que tardaba diez días en hacer la digestión.

-¡Qué lenteja!, pensó Manuel.

Cuando Manuel le preguntó a su hermano dónde vendían plantas carnívoras, él le contestó que en la provincia de Córdoba, muy lejos de su casa.

Entonces tuvo una idea: transformar al malvón del patio en una planta carnívora ¿cómo lo iba a hacer? Muy fácil: enseñándole a comer.

Entonces una tarde puso la maceta en el felpudo y la arrastró hasta su pieza. Cuando todos se durmieron entró a la cocina y se llevó la primera cena para su planta. Metió una pata de pollo de cabeza en la tierra, ocultó la maceta debajo del escritorio y se durmió.

El martes siguiente le dio un chorizo que había quedado del asado y el miércoles medio churrasco. Su perro Tomy olfateaba atrás de la puerta.

El domingo su mamá le pidió que sacara todas sus zapatillas al patio... porque en esa pieza no se podía tolerar ¡el olor a pata! Pero no todo fue fácil.

Al principio Manuel pensó que la comida no desaparecía porque la planta tardaba diez días en hacer la digestión. Pero, después, no sólo tenía que entrar a su pieza tapándose la nariz sino que el malvón empezaba a marchitarse. Entonces decidió hacer un último intento. Volvió a poner la planta en el felpudo, la llevó al patio, agarró una birrome cómo si fuera una varita y dijo: “Abracadabra cabeza de víbora que la planta se convierta en carnívora o si eso no funciona que al pobre malvón le vuelva su corazón”.

Esa noche llovió. A la mañana siguiente Manuel salió al patio. Su perro Tomy movía la cola contento con el hocico lleno de barro ¿Y el

malvón? Muy de a poquito se fue mejorando y en primavera dio como nunca un montón de flores rojas.

¡Le hizo bien la comida a esta planta! -pensó Manuel ¡Le faltaban un poco de vitaminas!

Josefina y la torta voladora

“POLVO PARA HORNEAR”. Desde que Josefina tiene memoria recuerda ver esa latita con letras rojas en la cocina de su abuela. Todos los jueves Josefina visitaba a su abuela, después del colegio. Esa tarde hacía mucho frío. Cuando Josefina entró a la casa de su abuela sintió un calorcito que la abrazaba, el horno ya estaba prendido ¡Iban a cocinar!

A Josefina le gustaba todo de preparar una torta: cascar los huevos, poner el azúcar, espolvorear la harina, agregar la leche. Le encantaba ese batidor con alambrecitos que formaba dibujos en la mezcla. Pero lo que más le gustaba era abrir la latita y poner una cucharadita de polvo de hornear, una pizca, un poquito. Había llegado ese momento cuando sonó el teléfono. Su abuela la miró muy seria: ¿podrás encargarte de todo sola? Josefina le guiñó un ojo.

A partir de ese momento no sabe bien qué pasó. Tal vez quiso probar algo distinto, quizás estaba jugando pero, cuando le puso el polvo de hornear, ¡le pareció tan poquito!. Decidió entonces, agregar y agregar un poco más. Luego colocó la mezcla en el molde que ya estaba enmantecado y enharinado sobre la mesada

-¿Todo bien?, preguntó la abuela, que seguía hablando por teléfono con su amiga.

- ¡Ya está en el horno!, contestó Josefina.

Al rato comenzó el espectáculo. La tapa del horno se empezó a abrir... y una torta larga como un dragón interminable empezó a volar por la cocina, hasta salir por la ventana.

Todas las palomas del barrio se lanzaron a picotear la masa y vinieron los gorriones, un remolino de viento mantenía la torta flotando cerca de las copas de los árboles... y en ese instante...

- ¿Pasa algo Josefina?, preguntó la abuela.

¿Quién hundió al barco?

Voy a contarles el más impresionante espectáculo que vi con mis propios ojos.

Avanzábamos hacia el norte con viento a favor cuando de repente divisamos una isla flotante. Bajé corriendo al camarote para revisar mi mapa ¡Ninguna isla figuraba en el mapa! ¿Qué era eso? Me empezó a temblar el párpado de mi ojo bueno, como cuando advierto un horrible peligro.

Me asomé a la proa con el catalejo. Otro barco, “El soleado”, se dirigía a unos ocho nudos de velocidad hacia la misteriosa isla. En ese momento, como si una enorme ballena saltara, salió del agua un tentáculo y se alzó en el aire. Mediría unos ocho metros de largo. Después otro y otro, golpeando en el agua y levantando olas espumosas ¡Nooo!

Pero eso no fue lo peor. Mi tripulación aterrorizada miraba el espectáculo. Nosotros estábamos bastante lejos, los que no pudieron desviarse fueron los de “El soleado”: Tiraron las anclas, pero el remolino ya había comenzado, todo daba vueltas a gran velocidad. En unos pocos segundos el kraken se hundió en el océano y se llevó a “El soleado” al fondo del mar.

Dos huevitos, tres sandías

La bruja Roberta iba todos los martes a visitar a su abuela. Llevaba la varita mágica y la acompañaba su gato. Un martes Berta llegó a la casa de su abuela cuando empezaba a llover. La abuela quería hacer una rica torta pero tenía: un poquito de azúcar, dos huevitos y medio paquete de harina ¡No le alcanzaba! Roberta para ayudar a su abuela quiso usar su magia y multiplicar los ingredientes. Entonces Roberta introdujo la varita en el azúcar y revolvió. Fue entonces que la varita ¡se volvió loca! Cuando tocó la azucarera, se llenó por completo, pero no era azúcar, era sal fina. Roberta intentó con los dos huevitos. Cuando los tocó con su varita aparecieron tres sandías. Finalmente probó con el paquete de harina y se llenó de zanahorias. Roberta enojada arrojó la varita. En ese momento su gato fue a lamer el azúcar que tenía pegada. Roberta tomó la varita del suelo y ¡sorpresa! Ahora sí funcionaba. Fabricó todos los ingredientes que necesitaba la abuela. Y se sentó muy contenta a esperar que se cocinara la torta en el horno. Su abuela sacó la torta del horno y ¡A comer la torta!

Un cuento clásico con otro final

“El Flautista de Hamelín y los niños justos”

Hace muchísimos años la ciudad de Hamelín sufrió una invasión de ratas.

Los habitantes estaban desesperados porque las ratas mordisqueaban los alimentos y sus horribles chillidos nocturnos no los dejaban dormir.

Un día se juntaron todos los vecinos a protestar en la plaza. El alcalde, ofreció cien florines a quién pudiera librarlos de esa plaga.

En ese momento apareció un hombre vestido de muchos colores, llevando una flauta de cobre. El hombre aseguró que él podría liberar a Hamelín de las ratas a cambio de la recompensa. El alcalde le rogó que lo hiciera, aunque no estaba seguro de cumplir su palabra.

Cuando salió la luna se empezó a escuchar una música dulce y misteriosa. De pronto las ratas empezaron a salir de sus escondrijos y a llenar la plaza. El flautista siguió tocando mientras avanzaba por el puente hacia el río.

Las ratas se iban hundiendo como piedras en el agua, hasta que no quedó ninguna. Entonces el flautista regresó para reclamar su recompensa y el alcalde se negó a pagarle -¡Tocar una melodía no vale cien florines!

En ese momento Úrsula, se levantó de la cama. La tía Esther colocó el libro en el suelo:

Niña Úrsula - ¿Y el flautista se enojó?

Tía Esther -El flautista se fue de Hamelín pero después volvería a llevarse a los niños

Niña Úrsula-¡No! ¿Y también los llevaría al río? ¿Y los que no sabían nadar? ¿Era malvado el flautista?

Tía Esther -No, al contrario, ¿continúo la historia para que te enteres?

Resulta que una niña llamada Úrsula, se despierta y encuentra en la silla de su habitación una ropa muy colorida y un sombrero con una pluma, se viste y su tía Esther, le entrega una flauta. Cuando sale de su habitación, que era la puerta de los sueños, está en el paisaje de Hamelín.

Mira y a lo lejos ve que cruzando el puente, viene caminando al flautista con cara triste, tocando una melodía con su flauta.

Los niños del pueblo se van aproximando al centro de la plaza: vienen bailando y sonriendo estimulados por el encantamiento de la música.

La niña Úrsula, vestida de flautista los acompaña. Suben la escalera que conduce a la casa del alcalde y entran sin llamar. Allí toman todas las monedas que encuentran.

Cuando el flautista llega a la plaza, se saca el sombrero haciendo una reverencia como saludo y cada niño deposita un florín en el sombrero.

En agradecimiento por otorgarle la recompensa que le habían

prometido el flautista le regaló a cada niño una melodía especial: A

Juan, una melodía, para que regrese su pelota cuando se caía en el agua del lago, a Nati, una melodía para que le crezca el pelo a sus muñecas,

a Úrsula, una melodía para sacarle las pulgas a Murray, su gato....

Y Colorín colorado, este cuento ¡se ha cambiado!